

ARTE Y VIDA DE ORTEGA Y GASSET *

ANDRÉS LARRAMBERE OROZ

Creación estética y creación moral, esto es, producción de novedades artísticas y humanas¹, son para Ortega cuestión de estilo, transformación de la realidad². Del mismo modo que vivir significa hacerse, procurar satisfacer la tensión entre lo que ya somos y ese proyecto de perfección que es nuestro yo, arte es arrancar de la realidad —lo dado, lo cotidiano, lo ya visto— un nuevo objeto. Arte es, esencialmente, creación de novedades.

La historia contemporánea ha producido una inusitada tendencia a la generalización. La misma moral para todos, para todos un mismo arte. No existen sin embargo, según Ortega, ni el deber genérico ni la belleza como modelo general; o, mejor dicho, no es posible respetar el carácter definitorio de la vida —esfuerzo de creación— atendiendo a semejantes abstracciones. En el terreno estético, «se ha convenido en situar sobre la cima... ciertas formas del arte griego, la escultura pérfica, por ejemplo, que, en efecto, parecen colocadas más allá de toda humana mudanza... y yo no dudo que lo consigan;

* Las citas de las obras de Ortega corresponden a la edición de 1983 (Madrid, Alianza Editorial).

1. «Recurrimos al término 'creación' cuando vemos que un hombre produce formas de vida que son nuevas —en arte, en pensamiento, en conducta o en cualquier otro orden de la humana existencia», *Goya*, o.c. 7, p. 562.

2. Sobre las relaciones entre estilo y realidad puede verse «*Ensayo de Estética a manera de prólogo*», o.c. 6, especialmente la página 263; igualmente, *La deshumanización del arte*, o.c. 3, p. 368, y *Velázquez*, o.c. 8, pp. 564 y ss. y 586 y ss.

pero es a costa de interesar tan sólo la periferia racional capaz de respirar geometría»³. En el moral, esta abstracción —representada por el imperativo kantiano— «vacía el ideal, lo convierte en un mascarón jurídico y en una careta de facciones mostrencas»⁴.

Frente a la abstracción, el retorno a la vitalidad representa, tanto en el orden de lo bello como en el de lo bueno, la recuperación del individuo como protagonista de la acción creadora. De ahí que, tanto en arte como en moral, el juicio crítico tenga un mismo fundamento: la comparación entre la realidad y el proyecto⁵.

* * *

En esta vuelta a la vitalidad propuesta por Ortega, arte y moralidad comparten parejas condiciones. No debemos olvidar que, por más que parezca perogrullesco recordarlo, a veces pasamos por alto la condición humana del artista⁶. En este sentido, una correcta comprensión de las circunstancias del quehacer artístico puede servirnos como paradigma de comprensión del quehacer moral.

Todo estilo artístico, como toda creación humana, es hijo de su tiempo. «Es ilusorio creer —señala Ortega— que la situación artística de hoy —o de cualquier época— depende sólo de factores estéticos. En los amores y odios del arte interviene todo el resto de las condiciones espirituales del tiempo»⁷. Y ello no significa sólo

3. *Incitaciones*, o.c. 2, p. 31.

4. *Estética en el tranvía*, o.c. 2, p. 38.

5. «Veámos antes que el rostro individual es a la vez proyecto de sí mismo o realización más o menos completa. Así en la moralidad yo creo ver todo hombre que ante mí pasa como inscrito en una silueta moral de sí mismo: ella precisa lo que su carácter individual sería en perfección... No midamos, pues, a cada cual sino consigo mismo: lo que es como realidad con lo que es como proyecto. 'Llega a ser el que eres'. He aquí el justo imperativo» (*Estética en el tranvía*, o.c. 2, p. 38). Cfr. J. L. L. ARANGUREN, *La ética de Ortega*, Madrid, Talus, 1959 (2.ª ed.), p. 55.

6. Cfr. *Velázquez*, o.c. 8, p. 489.

7. *El arte en presente y en pretérito*, o.c. 3, p. 427. Asimismo, *Velázquez*, o.c. 8, p. 564.

dependencia de una tradición que configura el presente en que el artista vive, sino, más radicalmente, que la futurición artística está también condenada a ser moda pasajera:

«Todas las formas vivientes, inclusive las artísticas, son perecederas. La vida misma es un frenético escultor, que, incesantemente afanado en producir nuevas apariencias, necesita de la muerte, como de un fámulo, para que desaloje del taller los modelos»⁸.

Futurista, pero caduco, como todo lo humano, el arte nos enseña a ser hijos de nuestro tiempo. «En arte, como en moral —señala Ortega— no depende el deber de nuestro arbitrio; hay que aceptar el imperativo de trabajo que la época nos impone»⁹. Dicho en forma más sugestiva:

«Aprendamos a preferir lo corruptible a lo inmutable, la trémula mudanza de la existencia a la esquemática y lívida eternidad. Seamos de nuestro día: mozos al tiempo debido, luego aspectos o sombras en fuga. Lo decisivo es que llenemos hasta los bordes la hora caminante, que seamos en el ánforo grácil el vino que rebosa»¹⁰.

Amar la mudanza, primera lección que podemos aprender del arte. Pero no termina aquí su enseñanza, pues, además, en el arte podemos aprender, anticipadamente, las nuevas exigencias que se van gestando en cada tiempo.

Por su propia esencia, el arte pertenece a una dimensión trascendente de la vida del hombre «en que, por decirlo así, sale de sí misma y participa de algo que no es ella, que está más allá de ella»¹¹. el pensamiento, la voluntad, el sentimiento estético, la emoción religiosa forman, según Ortega, esa región transvital que es la cultura. Son éstas funciones en las que la vida consigue acceder más allá de su elementalidad biológica¹². En este sentido, aunque no

8. *Incitaciones*, o.c. 2, p. 231.

9. *La deshumanización del arte*, o.c. 3, p. 360.

10. *Incitaciones*, o.c. 2, pp. 231-232.

11. *El tema de nuestro tiempo*, o.c. 3, p. 166.

12. Cfr. *idem*, p. 167.

sean ajenas a los condicionamientos históricos, son lo más elástico de la vida, allí donde primero suceden las variaciones de la sensibilidad vital. Estar atentos, por ejemplo, al arte, significa estar prestos para dar la respuesta que la vida nos ha de exigir¹³.

* * *

Del arte podemos aprender, por tanto, la condición personal y cambiante del quehacer moral. Además, en sus cambios podemos escrutar las variaciones de la sensibilidad vital. Sin embargo, hasta ahora hemos hablado del arte como actividad, en lo que de común tiene con otras actividades culturales. Veamos ahora qué significa en el concreto terreno de lo artístico esta condición transvital.

Un arte es tanto más arte —en la perspectiva orteguiana— cuanto mayor es su «voluntad de estilo»¹⁴. Esta voluntad consiste en el desplazamiento en su núcleo de los asuntos humanos —por lo que se refiere a lo ofrecido como arte— y de los sentimientos o emociones propias, por lo que se refiere al artista y, sobre todo, al espectador.

Voluntad de estilo, en la creación del objeto estético, significa desrealización. El cuadro, la poesía, la composición musical, toda obra de arte es «una abertura de irrealidad que se abre mágicamente en nuestro contorno real. Es la obra de arte una isla imaginaria que flota rodeada de realidad en todas partes»¹⁵. ¿Qué sentido tiene esta producción de irrealidades? ¿Cómo se justifica según esto el arte? Ninguna presión exterior nos obliga a ser artistas; tampoco urgencia vital alguna. Así pues, el arte tendrá que justificarse

13. Cfr. *La deshumanización del arte*, o.c. 3, p. 378.

14. *La deshumanización del arte*, o.c. 3, p. 368.

15. *Meditación del marco*, o.c. 2, pp. 310-311. En la obra de arte conviven las formas de los objetos, la «materia» del cuadro, y las formas de estilo, que proceden a des-realizar aquéllas. Merced a las primeras, señala Ortega, entendemos el cuadro. Merced a las segundas gozamos estéticamente de él. El drama de toda obra artística es la inestabilidad de equilibrio entre ambas formas. Cfr. *Velázquez*, o.c. 8, p. 586 y ss., e *Ideas sobre la novela*, o.c. 3, p. 399.

a sí mismo y por sí mismo. Y «esta justificación no puede ser más que una: causar placer»¹⁶.

En el arte, nos ha dicho ORTEGA, «se trata siempre de escamotear la realidad que de sobra fatiga, atormenta y aburre al hombre, y transmutarla en otra cosa. Arte es prestidigitación sublime y genial transformismo: es esencialmente desrealización»¹⁷. Si para causar placer el arte tiene que desrealizar, el precio que por ello paga es salirse de la vida. Así lo afirma ORTEGA: «Vida es una cosa, poesía es otra... el poeta empieza donde el hombre acaba»¹⁸. En «*La deshumanización del arte*» ORTEGA nos propone la siguiente escena: «Un hombre ilustre agoniza. La mujer está junto al lecho. Un médico cuenta las pulsaciones del moribundo. En el fondo de la habitación hay otras dos personas: un periodista que asiste a la escena obitular por razón de su oficio, y un pintor que el azar ha conducido allí»¹⁹. Pues bien, la vivencia del hecho en la esposa y pintor esa máxima distancia entre vida y arte: frente a la mujer transida de dolor, la actitud del pintor —que es así ejemplo de la perspectiva artística en general— «es puramente contemplativa, y aún cabe decir que no lo contempla (el suceso) en su integridad; el doloroso sentido interno del hecho queda fuera de su percepción»²⁰.

Esta separación entre arte y vida ha de ser radical: «la indecisión de confines entre lo artístico y lo vital perturba nuestro goce estético»²¹. Por tanto, afecta también al contemplador. Si cuanto más artístico es el arte más irreal es lo que nos ofrece, mayor esfuerzo habrá de realizar el espectador para ponerse a la requerida altura. Como dice ORTEGA, «la belleza, suprema distinción, exige que se guarden las distancias»²². La pedagogía contemporánea —comenta— nos viene influyendo de un modo deplorable en el orden de lo estético

16. *Elogio del «Murciélago»*, o.c. 2, p. 324.

17. *Velázquez*, o.c. 8, p. 586.

18. *La deshumanización del arte*, o.c. 3, p. 371.

19. *Idem*, p. 360.

20. *Idem*, p. 372.

21. *Meditación del marco*, o.c. 2, p. 311. Esta tajante separación persiste incluso ante el arte del pasado que, precisamente por serlo del pasado deja —según Ortega— de ser arte. Ante las obras del pasado el goce es vital y no estético. Cfr. *El arte en presente y en pretérito*, o.c. 3, p. 425.

22. *Musicalia*, o.c. 2, p. 244.

al hacer del arte una cosa usadera, normal y de hora fija: «De esta suerte, perdemos el sentimiento de las distancias; perdemos respeto y miedo al arte; nos acercamos a él en cualquier instante, en el traje y temple que nos coge y nos acostumbramos a no entenderlo»²³. Visto a su vez desde el plano de la vida, cuando ésta apremia el arte debe retirarse lo más discretamente posible²⁴.

En definitiva, el arte constituye un nuevo mundo: «'Don Quijote' no es ni un pensamiento mío, ni una persona real o imagen de una persona real: es un nuevo objeto que vive en el ámbito del mundo estético, distinto éste del mundo físico y del mundo psicológico»²⁵.

¿Qué se puede pensar de un hombre que vive en «otro» mundo? Veamos lo que ORTEGA nos dice sobre el valor del arte y los artistas en su relación a la vida.

Desde el punto de vista de la actividad creadora, por más que el artista, al ser hombre, tenga que serlo en y de su tiempo, el arte posee una potencia netamente superior a la de la vida. El arte es «generosa potencia que liberta, como mágicamente, a cada cosa del confinamiento inexorable en la limitación de su destino... y logra, er. cambio, hacer que sea un poco otra cosa, que descansa de sí misma, que consiga en un mágico instante evadirse de su habitual condición, y goce de ese poder que sólo los dioses tienen, el poder de ser otra cosa»²⁶. Al arte se le puede pedir lo que no se puede pedir al hombre: «que cosas reales, las cuales no son triángulos ni pirámides, sin dejar de ser en suficiente medida las cosas reales que son, por ejemplo, cuerpos humanos, resulten ser, a la vez, triángulos, pirámides; es decir, lo que no son»²⁷. Frente al arte, hombre, animal y mineral «están de por vida prisioneros cada cual dentro de su forma, que es su ser y su destino»²⁸.

23. *Ensayo de Estética a manera de prólogo*, o.c. 6, p. 248.

24. Cfr. *Las dos grandes metáforas*, o.c. 2, 338-9.

25. *Ensayo de estética a manera de prólogo*, o.c. 6, p. 262.

26. *Velázquez*, o.c. 8, p. 587.

27. *Ibidem*.

28. *Ibidem*. Lo cual no quiere decir que Ortega, como es bien sabido, que el hombre esté preso de su destino del mismo modo que el animal o la piedra.

Esta inconmensurable plasticidad es lo que, a un mismo tiempo, le permite cumplir su finalidad pero le relega a un plano vital secundario. Si cabe decir que el arte salva al hombre, dice ORTEGA, «es porque le salva de la seriedad de la vida y suscita en él inusitada puericia»²⁹. Frente a lo serio —«aquello por donde pasa el eje de nuestra existencia»³⁰— el arte es siempre «incapaz de soportar el peso de nuestra vida»³¹. Por eso, señala ORTEGA al presentarnos a GOETHE en la tarea de crear su mejor existencia, «debemos evitar aludir ligeramente a un arte del vivir»³². La forma correcta de considerar el arte pasa, pues, por ponerlo en su justo lugar: «si en vez de tomar en serio el arte lo tomamos como lo que es, un entretenimiento, un juego, una diversión, la obra artística cobrará toda su encantadora reverberación»³³.

Curiosa resulta, según todo esto, la condición vital del artista, que consiste en desatender lo serio para ocuparse en lo trivial. Hay, por tanto, en este terreno, una posibilidad permanente de conjugar genialidad artística y pequeñez moral: «No he podido nunca extirpar en mí la sospecha —nos deja dicho ORTEGA— la entrevisión de que en todo arte hay una dosis de capricho. Tal vez por ello abunda entre los artistas el hombre sin peso de humanidad, de entraña frívola»³⁴. No hay en la dedicación al arte, así entendida, garantía alguna de plenitud moral.

* * *

En definitiva, como toda actividad perteneciente a la cultura, el arte es ejemplo de la posibilidad vital que el hombre tiene de elevarse más allá de su elementalidad biológica. En el proceso de esta

29. *La deshumanización del arte*, o.c. 3, p. 384.

30. *El tema de nuestro tiempo*, o.c. 3, p. 194.

31. *El tema de nuestro tiempo*, o.c. 3, p. 194.

32. *Pidiendo un Goethe desde dentro*, o.c. 4, p. 403.

33. *El tema de nuestro tiempo*, o.c. 3, p. 194.

34. *Prólogo «A una edición de sus obras»*, o.c. 6, p. 350. Cfr. asimismo, *Goya*, o.c. 7, p. 571.

superación el arte se muestra como actividad que no pretende reingresar en la vida para mejorarla, sino simplemente salir de ella para distraer al hombre del quehacer de su tensión vital. No contribuye su acción, por tanto, a la perfección moral del hombre, aunque el estudio del acontecer de las formas artísticas pueda ayudarnos a mejor entender lo que en cada momento tenemos que ser.

